



UNA VIDA FUNDADA EN LA PALABRA DE DIOS

Concatedral de Ferrol, S. Julián, 2009

1. La Palabra de Dios tiene un rostro y una casa

La Palabra de Dios no es principalmente un conjunto de libros que forman la Biblia, la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios -han expresado con una fuerza increíble los obispos reunidos en Sínodo el pasado mes de octubre- es, sobre todo y ante todo, una Persona. Tiene un rostro: es Jesucristo. La Palabra de Dios se ha hecho carne. Porque las palabras sin un rostro no son perfectas, porque no cumplen verdaderamente el encuentro. Así lo reconocía Job al final de su dramático itinerario de búsqueda de Dios: “Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos” (42,5). El Jesucristo real es, por tanto, carne frágil y mortal, es historia y humanidad, pero también es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado el Dios que nadie ha visto jamás (cf. Jn 1,18)

La Palabra de Dios, además de un rostro, tiene una casa: la Iglesia. Ella nos proporciona la Palabra auténtica de Dios, nos enseña a leerla y a interpretarla bajo la acción del Espíritu, nos señala los caminos para vivirla. Una casa sostenida en cuatro pilares: a) La predicación de la Palabra de Dios; b) La fracción del pan o celebración de la Eucaristía; c) las oraciones, d) la comunión fraterna

Sor Dolores, una religiosa que cuida con amor maternal y paternal a discapacitados psíquicos, me confesaba esta Navidad: “Yo vivo de la Palabra de Dios. No entiendo mucho de Sagrada Escritura, pero cada día leo un fragmento del Evangelio y ya tengo fuerzas y alegría para estar durante toda la jornada atendiendo a estos chicos que pertenecen por derecho propio al mundo de los más pobres”. Y es que el hombre (y la mujer) justo y fiel no sólo ‘explica’ las Escrituras, sino que las ‘despliega’ ante todos como realidad vivida y practicada.

2. San Julián lo deja todo para vivir dedicado a la Palabra de Dios

La comunidad cristiana de Ferrol celebra hoy la fiesta de San Julián, un mártir que vivió en Antioquia en el siglo IV. Un siglo en el que muchos cristianos, ante la relajación de costumbres, se retiraron al desierto para vivir en serio su vida cristiana. San Julián marchó al desierto, abandonando los bullicios callejeros y huyendo de las propias glorias tremendamente seductoras. Porque escuchó la Palabra de Dios: descubrió su rostro y le cautivó. ¡Cuántas veces le diría desde lo hondo de su corazón: “Sólo tú tienes palabras de vida eterna!”. San Julián lo dejó todo para retirarse al desierto y vivir dedicado a la meditación de la Palabra de Dios. La vida en el desierto no es ociosidad y mucho menos huida de los compromisos de la vida en el mundo. Porque la búsqueda incesante de Dios desinstala. El encuentro con Dios es una sorpresa permanente que obliga a no dormirse, a estar siempre en guardia, a caminar con los ojos y los oídos atentos.

En su *Vida de San Antonio*, Padre de los eremitas, relata el obispo san Atanasio que este monje realizó cuatro grandes ‘fugas’. Cada una de ellas le empujaba un poco más

hacia el interior del desierto y, por lo mismo, le alejaba más también de los núcleos habitados. No obstante, admirable paradoja, estas huidas despertaron cada vez más en él una mayor sensibilidad hacia las necesidades y urgencias de la Iglesia y de la humanidad entera. De ese modo vemos cómo Antonio no duda en abandonar su amada soledad para desplazarse hasta el mismo corazón de la magna urbe, que era entonces Alejandría de Egipto, con el fin de defender allí la fe ortodoxa. Por otra parte, hasta la soledad del desierto corrían multitudes ansiosas de escuchar la palabra de vida que salía de Apa Antonio.

También en Antioquía sobrevinieron un día conflictos y persecuciones contra la Iglesia. Multitud de cristianos fueron martirizados. Un buen día el presidente Marciano, ordenó apresar y encarcelar a Julián y a sus monjes. Julián no se echó atrás y valientemente profesó su fe en la hora de la persecución. Más tarde murió decapitado. Pero la sangre de los mártires fue una vez más semilla de nuevos cristianos y la de San Julián, apenas derramada, movió a conversión precisamente a Celso, el hijo del presidente Marciano.

3. ¿Cómo vivir la Palabra de Dios hoy?

Nuestro Patrono S. Julián es un ejemplo para que hagamos de la Palabra de Dios el centro nuestra vida. Esta coyuntura de crisis económica, decía Benedicto XVI en una Meditación dirigida a los Padres sinodales el 6 de octubre de 2008, nos puede ayudar a descubrir cuáles son los cimientos reales sobre los que se apoya nuestra vida: “Debemos cambiar nuestra idea de que la materia, las cosas sólidas, que se tocan, serían la realidad más sólida, más segura. Al final del Sermón de la Montaña, el Señor nos habla de las dos posibilidades de construir la casa de nuestra vida: sobre arena o sobre roca. Sobre arena construye quien construye sólo sobre las cosas visibles y tangibles, sobre el éxito, sobre la carrera, sobre el dinero. Aparentemente, éstas son las verdaderas realidades. Pero todo esto un día pasará. Lo vemos ahora en la caída de los grandes bancos: este dinero desaparece, no es nada. Así, todas estas cosas que parecen la verdadera realidad con la que podemos contar, son realidades de segundo orden. Quien construye su vida sobre estas realidades, sobre materia, sobre el éxito, sobre todo lo que es apariencia, construye sobre arena. Únicamente la Palabra de Dios es el fundamento de toda la realidad. Es estable como el cielo y más que el cielo, es la realidad. Por eso debemos cambiar nuestro concepto de realismo. Realista es quien reconoce en la Palabra de Dios, en esta realidad aparentemente tan débil, el fundamento de todo. Realista es quien construye su vida sobre este fundamento que permanece siempre”. ¿Aprovecharemos la ocasión de esta crisis, no sólo económica sino también cultural y espiritual, que nos trae a maltraer, para no limitarnos a unas pequeñas reformas del sistema económico y que todo siga igual? ¿O nos adentraremos con coraje por la senda de un cambio de sistema que tenga como centro a la persona y no a los bienes materiales, que se asiente sobre la solidaridad con los más pobres y no de espaldas a ellos?

Tu Palabra, Señor, es la verdad y tu ley nuestra libertad. Aspiramos hoy día a la libertad quizá como nunca lo hemos hecho. Pero queremos una libertad para nosotros solos y para nuestros caprichos. ¿Qué sabemos nosotros de la libertad que se funda en la verdad y que se emplea para, gozosa y voluntariamente, servir a los demás? La expresión *libertad negativa*, en contraposición a *libertad positiva*, ha sido popularizada, en las últimas décadas, por Isaiah Berlin. La libertad negativa consistiría exclusivamente en estar libre de obstáculos externos para hacer lo que yo quiero. Es la libertad de no estar atados a nada, de transgredir las normas vigentes, de desvincularse de la sociedad burguesa y autoritaria. Los individuos estarían libres de normas éticas, mientras que el aparato administrativo del Estado se preocuparía

de que no tuvieran capacidad de iniciativa para llevar a cabo sus proyectos libres con relevancia social. En definitiva, aparentemente libres de ataduras externas, pero sometidos de hecho -como gente abotargada, irreflexiva y sumisa- al poder tutelar del Estado. La libertad positiva consistiría, en cambio, en elaborar proyectos y lanzar iniciativas que surjan de la libertad concertada de los ciudadanos y tengan la mayor relevancia social posible. La libertad que se funda en la Palabra de Dios es una libertad negativa y positiva a la vez. Negativa porque nos libera de todo lo que ata y constriñe a la persona, pero sobre todo es una libertad positiva que nos lleva a servir a los demás, especialmente a los más débiles, por amor. “Hermanos, habéis sido llamados a gozar de la libertad cristiana. ¡No utilizéis esa libertad como tapadera de apetencias puramente humanas! Al contrario, haceos esclavos los unos de los otros por amor”¿Estamos dispuestos a probar la auténtica libertad y a desconfiar de sus falsificaciones?

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol**